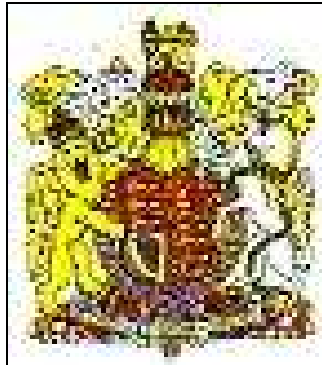


# ¡CIEN AÑOS ANTES QUE LOS NAZIS, LOS INGLESES YA ERAN NAZIS!

(Un hallazgo sorprendente del Profesor Juan Pampero)



Reina Victoria, La Patroncita Escudo de la Patria Amada

Reina Isabel II, La Amita

## Una entrada que ni vale la pena

Vosotros, que os decís para afuera que sois amigos míos y por dentro me mandáis de paseo, diréis al ver ahora esta parafernalia que he puesto en el copete, ¿que diablejos se trae este coso que no ceja de inflar las escotillas? Nada más mis dilectos que lo que el parágrafo dice, que no es poco si miráis bien el asunto: unos cien años antes de la afamada plataforma política del Partido Nacional Socialista Alemán de los Trabajadores y de las degradadas Leyes de Nüremberg, nuestra superioridad, los ingleses, encarnadura de la libertad, el humanismo y la Democacacracia, ya habían incursionado sobre aquellos temas que hoy se blanden para estremecer a la gente.

Más no quiero en esta instancia contaros bellecitas como que, por las Leyes de Nürembrg, los principales beneficiarios fueron los judíos. Sí. A esto no lo digo yo, sindicado como pervertido agente niponazifachofalanjoperonacionalista. No. Lo dicen los mismos judíos. Más aún: relatan que gracias a esas leyes fue la única vez que vivieron tranquilos y felices. La inmigración judía hacia Alemania después de promulgadas las leyes, es una prueba irrefragable. Es decir: los judíos migraban hacia donde gobernaban los terribles nazis. A esto no lo cuentan los muchachos de la Organización Wiesenthal, ¿por qué? Pero, ¿alguien entiende esta butifarra? ¿O será que mi profesor de Educación Democacacrática y la sinagoga de Hollywood me han mentido? ¡Caspita y recórcholis!

Tampoco oso detallaros que, por las leyes de los EE. UU., a partir de 1930, la justicia se mandó a la vida casi vegetativa a unas 360.000 personas: un 70% medio cerebrados, un 20% de castraciones y un 10% que, a falta de más, les aplicaron las dos cosas. En ese gentío entraron desde ladrones incorregibles, asesinos feroces, locos patológicos, degenerados, proxenetes, sodomitas, violadores, heredo luéticos, hasta pobrecillos individuos con taras físicas, para evitar su procreación, como fue el caso de los hermafroditas, enanos y mongoloides (y restantes taratogénicos). También habrá entrado en esta bolsa algún inocente que andaba escorcharo la paciencia del régimen y, de decidior, lo transformaron en geranio. ¿Y el doctor Mengele? ¡Ah, no, ese vino después! De esta masacre espantosa se han hecho hasta películas; no me vengan ahora a contar verduritas. Esta es la nación sede de la ONU y de Amnisty Internacional. Sí: la que acusa a la Argentina junto con los bolcheviques vernáculos por el asunto de los Derechos Humanos. Toda una garantía para ser jueces de la Humanidad.

Yendo así a nuestro tema, les cuento que mi hermano me ha mandado de regalo un libro, cuyo autor se llama Neill Fergusson, inglés hasta el caracú, egresado, profesor, doctor de Oxford, más con denso currículo. La obra se titula el *Imperio Británico*. No me digáis que no es algo prometedor. Y bien: en el Capítulo V, titulado *La potencia de la Maxim*, bajo el subtítulo *Una Gran Bretaña Ampliada*, se encuentra entre las páginas 305 a 309, lo que he traducido para ustedes y paso en limpio a continuación, sin comerme una sola letra para que no digan que soy tendencioso:

-----  
¿Qué pasaba con el otro bando de este gran juego imperial? Si los británicos eran, como Chamberlain y Milner creían, *la raza superior, con el derecho divino a dominar el mundo*, parecía derivarse, lógicamente *que sus contrincantes eran inferiores por naturaleza*. ¿No era esta la conclusión a la que llegaba la misma ciencia, cada vez más reconocida como la autoridad en estas cuestiones?

En 1863, en Newcastle, el doctor James Hunt había dejado consternada a la audiencia de una reunión de la British Association for the Advancement of Science, al afirmar que los *negros* eran una especie separada de seres humanos, a medio camino entre el mono y el *hombre europeo*. En

opinión de Hunt, el negro se hacía *más humanizado cuando se mantenía en un estado de subordinación natural al europeo*, pero concluía con pesar que *la civilización europea no* (era) adecuada *para el carácter ni las necesidades del negro*. Según un testigo presencial, el viajero africano Winwood Reade, la conferencia de Hunt fue de mal en peor, por lo que fue abucheado por algunos miembros de la audiencia. Sin embargo al cabo de una generación, *tales opiniones se habían convertido en dogmas*. Influenciados por la obra de Darwin (aunque distorsionada hasta hacerla irreconocible), los pseudocientíficos del Siglo XIX dividieron la humanidad en razas sobre la base de los rasgos físicos externos, clasificándolas según las diferencias heredadas no solo físicas sino también anímicas. *Los anglosajones obviamente se hallaban en la cúspide, y los africanos en la base*. La obra de George Combe, autor de *A System of Phrenology* (1825), era típica en dos aspectos: la forma en que se representaban las diferencias raciales, y el modo fraudulento en que trataba de explicarlas:

*Cuando contemplamos diversas partes del mundo (escribía Combe) nos sorprendemos por la gran diversidad en los resultados de las variedades de hombres que las habitan (...) La historia de África, hasta donde se puede decir que África tiene una historia (...) muestra un escenario de desolación moral e intelectual ininterrumpida (...) El negro, fácilmente impresionable, es víctima de todas las pasiones en grado sumo (...) Para el negro, evitar tan solo el dolor y el hambre, es naturalmente un estado de felicidad. Tan pronto como interrumpe sus tareas por un momento, se pone a cantar, coge un violín, baila.*

La explicación de este atraso, según Combe (cuáquero), era la peculiar forma del *cráneo del negro*: *Los órganos de la veneración, la curiosidad y la esperanza (...) son de tamaño considerable. Las más grandes deficiencias residen en la meticulosidad, la cautela, la ideación y la reflexión*. Tales ideas tuvieron mucha influencia. La idea de un inextricable *instinto racial* se convirtió en un elemento fundamental de los escritos de finales del Siglo XIX y principios del Siglo XX (digo yo que sería como en el relato de Cornelia Sorabji sobre una *educada* doctora india que voluntariamente se somete a la ordalía del fuego en un rito pagano y acaba muriendo –a lo mejor para no ver más a los ingleses *educados*-; o tal vez la historia de lady Mary Anne Barker, sobre cómo su niñera zulú regresaba al salvajismo cuando volvía a su aldea; o el contenido de la novelita *The Pool*, de W. Somerset Maugham, en el que un desventurado empresario de Aberdeen trataba en vano de occidentalizar (fornicándose sin descanso) a su novia medio samoano; la verdad, no sé).

La frenología, entre otras, no era la única disciplina propensa a legitimar los supuestos de la diferencia racial que hacía tiempo solían ser habituales entre los colonos blancos. Incluso más insidioso, por ser intelectualmente más riguroso, era el mejunje científico llamado *eugenesia*. El matemático Francis Galton, en su libro *Hereditary Genius* (1869), fue el que promovió las ideas de que *las habilidades naturales de unos hombres provienen de la herencia genética; que de dos variedades de cualquier raza o animal que están igualmente dotadas en los demás aspectos, la variedad más inteligente es la que con seguridad prevalecerá en la lucha por la vida; y que en una escala de dieciséis puntos de inteligencia racial, un negro está dos grados por debajo de un inglés*.

Galton trató de validar sus teorías utilizando fотomontajes para distinguir los tipos criminales y demás degenerados (no hace mención a los políticos argentinos). Sin embargo, Karl Pearson, matemático formado en Cambridge que en 1911 se convirtió en el primer profesor de la cátedra Galton en el colegio universitario de Londres, hizo un desarrollo de la teoría más sistemático. Matemático brillante Pearson se convenció de que sus *técnicas estadísticas* (sí; son las que él después llamó *biometría*), podían emplearse *para demostrar el peligro que la degeneración racial significaba para el imperio* (no se asusten que esto recién comienza). El problema que esa mejora de la *provisión de bienestar y salud* en la metrópoli estaba *interfiriendo con el proceso de selección natural*, permitiendo que sobrevivieran *individuos genéticamente inferiores* (¿acaso se refería a Churchill? He aquí otra cosa que no sé.), y *propagaran su ineptitud. El derecho a vivir no comporta el derecho de todo hombre a reproducirse*, sostuvo en *Darwinism, Medical Progress and Parentage* (alrededor de 1912). *Mientras más rebajamos la dureza de la selección natural* –sigue diciendo el hombrecillo-, *y sobreviven cada vez más los débiles y los ineptos, debemos aumentar el nivel mental y físico requerido para la procreación*.

Sin embargo, había una alternativa a la intervención del Estado en las opciones reproductivas: *la guerra*. Para Pearson, así como para muchos otros darwinistas sociales, la vida era una lucha, y *la guerra era algo más que un juego, una forma de selección natural: El progreso nacional depende de la aptitud racial y la prueba suprema de esa aptitud es la guerra. Cuando la guerra cese, la humanidad ya no progresará pues no habrá nada que controle la fertilidad del individuo inferior*.

*Obviamente esto hacía del pacifismo un credo particularmente perverso. Pero, por suerte, con un imperio siempre en expansión no había escasez de pequeñas guerras contra enemigos racialmente*

inferiores. *Resultaba gratificante pensar que al asesinarlos con sus ametralladoras Maxim, los británicos contribuían al progreso de la humanidad* (¿Eh? ¿Qué me cuentan? Ahora digan si los ingleses eran o no unos tipos muy prácticos: en lugar del PAMI les daban con la ametralladora Maxim).

Es necesario subrayar una última rareza. Si los darwinistas sociales se preocupaban de que una clase subalterna inferior se reprodujera rápidamente, decían muy poco sobre los esfuerzos procreadores de aquellos hombres a quienes se consideraba que ocupaban la cúspide de la escala evolutiva. A falta de supervivientes de la antigua Atenas, *lo más selecto de la especie humana se encontraba obviamente en la clase de los oficiales británicos que conjugaban en su persona un excelente pedigrí con la exposición constante a la forma marcial de selección natural*. En una novela de la época se recreaban muchos personajes de este tipo: Leo Vencey en *She*, de Henry Rider Haggard, guapo, valiente y no demasiado brillante, que *a los veintiún años podría haber pasado por una estatua del joven Apolo*; o lord John Roxton en *El mundo perdido* de Arthur Conan Doyle, con sus *extraños ojos azules, brillantes y fríos como un lago glacial*, por no hablar de

*la nariz aguileña, las mejillas hundidas, el cabello oscuro... Era la encarnación del caballero rural inglés, amante de los perros, del aire libre, agudo y atento. Su piel tenía una rica gama tostada por el sol y el viento. Sus cejas pobladas y sobresalientes daban a sus ojos naturalmente fríos un aspecto feroz, una impresión acentuada por el ceño fuerte y fruncido. Su figura era enjuta, pero de complexión fuerte; de hecho, a menudo había probado que había pocos hombres en Inglaterra capaces de tanto esfuerzo constante.*

-----  
(Intervalo para ir al baño) Ahora bien: con estos antecedentes el Imperio inglés se encontraba en una terrible encrucijada: ¿cómo hacer para que los centenares y miles de gobernadores, jueces, escribanos, funcionarios, policías, militares, sacerdotes, abogados, escribientes, contadores, comerciantes, inspectores, etc., que la corona debía desparramar anualmente en sus posesiones no se mezclaran con las sangres aborígenes? ¡Qué problema!, pensarán ustedes, amigos míos. Pero no fue así y lo resolvieron muy fácilmente: se aseguraban que esa mesnada de súbditos estuviese integrada exclusivamente por **putos**. Y como estos personajes difícilmente quedan embarazados, por más que le den a la calacuerda hasta ocho veces por día, la no mezcla de sangre quedaba asegurada. Enunciado esto alguno dirá con razón: **¡Pampero se te fue la mano!** No. Nada de eso. Y si no me creen vean lo que sigue.

-----  
Sin duda esa clase de hombres existieron. Sin embargo, un alto porcentaje de ellos hizo solo una *pequeña contribución*, si es que la hicieron, a la reproducción de la raza que ellos encarnaban, *por la sencilla razón de que eran homosexuales* (Ahora ven lo que les decía: ¡Todos estos guapos eran putos de la antigua tribu de los comechingones! ¿Quiere decir que los que vinieron aquí en las invasiones inglesas mordían el colchón sin asco? Según lo que dice don Fergusson, parece que sí).

Debe trazarse cuidadosamente una división entre los hombres que, dadas su educación y la forma de vida en instituciones casi exclusivamente masculinas, *se inclinaban a una cultura del homoerotismo y estaban condenados a tener dificultades con las mujeres, y los que eran pederastas en activo*. A la primera categoría probablemente pertenecieron Rhodes, Baden-Powell y Kitchener (de quien hablaremos más adelante), y a la segunda Héctor Macdonald.

Al igual que la relación de Rhodes con su secretario personal Neville Pickering, el intenso vínculo amistoso de Baden-Powell con Kenneth *The Boy* McLaren, oficial del 13.º regimiento de húsares (esta unidad estuvo en el Río de la Plata, así que ya se sabe), en realidad nunca fue consumada físicamente porque se inclinaban a la ipsación mutua. Lo mismo vale sin duda para la amistad de Kitchener con su ayudante Oswald Fitzgerald su *compañero inseparable durante nueve años* (digamos como un matrimonio). Cada uno de estos hombres, tan varoniles en público, podían ser *extraordinariamente afeminados en privado*; por ejemplo, Kitchener compartía con su hermana Millie *la afición a los tejidos delicados, los arreglos florales y la porcelana fina*, y durante sus campañas en el desierto buscaba tiempo para escribirle sobre decoración interior. Pero eso, amén de unos cuantos chismes maliciosos de salón, no era suficiente tildarlo de gay. *Los tres mostraban síntomas de una clara represión, algo incomprensible para la mentalidad de principios del Siglo XXI, pero clave para entender el excesivo rendimiento victoriano*. La niñera de Kitchener, que para nada pertenecía a la escuela freudiana, lo detectó enseguida: *Temo que Herbert sufrirá mucho debido a su represión*, dijo después de que él ocultara una herida a su madre (¿a dónde tendría la herida este pichón de picurú que no la podía mostrar?). Ned Cecil también acertó cuando observó que Kitchener *detestaba cualquier forma de desnudez moral o mental*.

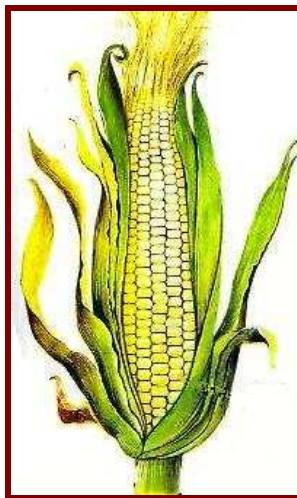
Macdonald era un caso muy diferente. Hijo de un campesino escocés de Ross-shire, era *raro* por haber comenzado su carrera como soldado raso en los Gordón Highlanders (otra unidad que estuvo

en la ensenada del judío Barragán en 1806), y haber alcanzado el grado de general de división con título de caballero (se ve que este coso era bueno dentro de la tribu comechingona, ¿o no?). Distinguido desde el comienzo por su valentía a menudo temeraria, *la vida privada de Macdonald era también temeraria aunque de distinto modo*. Si bien se casó y tuvo un hijo, lo hizo en secreto y no vio a su esposa más de cuatro veces después de la boda (¡Un momentito aquí! ¡Por favor! ¿A qué personaje de nuestra historia me hace recordar este Macdonald? Haber, haber...No sé. No me acuerdo.); *en ultramar, sin embargo, era muy proclive a las aventuras homosexuales y finalmente fue sorprendido in fraganti con cuatro negros senegaleses en el compartimiento de un ferrocarril cingalés*. Mientras la Gran Bretaña victoriana se volvía cada vez más mojigata y las leyes contra la sodomía se aplicaban con más severidad, el imperio ofrecía a homosexuales como *Fighting Mac* experiencias eróticas ilimitadas. Otro fue Kenneth Searight: antes de salir de Inglaterra a los veintiséis años de edad solo había tenido tres amantes, todos varones, pero una vez en la India encontró una variedad mucho más amplia y relató sus aventuras sexuales en verso.

Y bien mis queridos amigos y amigas: este asunto toca a su fin. Los ingleses, racistas de la primera hora, tuvieron, por aquel profeta que les escribió el **Nuevo Génesis**, don **Charles Darwin**, un serio problema. Ya vieron la forma en que lo resolvieron. No sé si será genial. Pero fue una solución.



**John Bull, regordete después de merendarse el planeta**



**Si el choclo los une que nada los separe**



**Tío Sam es más que un dibujito (1) es una picardía de los trololitas.**

- (1) El *Tío Sam*, apodo y caricatura utilizados para personificar al gobierno de Estados Unidos y, en el extranjero, para referirse al país en su conjunto. El apelativo deriva de la denominación del Estado (*United States of America*, del cual U.S.Am o *Uncle Sam*, *Tío Sam*), y apareció por primera vez en los contenedores de municiones utilizados durante la Guerra Anglo-estadounidense de 1812. La primera representación visual o caricatura del Tío Sam, vestido de barras y estrellas, salió en tiras periodísticas en 1832. El personaje representaba a un *yankee* astuto, posiblemente inspirado en el personaje del hermano Jonathan en la obra *The Contrast* (*El contraste*, 1787) escrita por Royall Tyler. En el siglo XX, el *Tío Sam* ha sido representado con una pequeña barba, sombrero de copa y una larga americana. En 1961 el Congreso de Estados Unidos adoptó el personaje como símbolo nacional.

Este cartel de James Montgomery Flagg, promovió el alistamiento en las fuerzas armadas de Estados Unidos durante la I Guerra Mundial. Representa al personaje conocido como Tío Sam, un símbolo del Estado, diciendo "Te necesito". *Está inspirado en un cartel británico en el que aparecía lord Kitchener de forma similar*. De manera que aunque usted no lo crea, ni yo tampoco, *esa carita de malo y de correcto que usted ve en la figura del Tío Sam es la del hermafrodita Kitchener que menciona don Fergusson en su libro entre la fauna del Rey de Bastos*. Los yanquis, ¿no sabían esto? ¡Pero claro que sí! Y cuando dice: "Te necesito", habría que preguntarle para qué. Por las dudas manténgase alejado. *Miren lo que le pasó a Menem con las relaciones carnales*.

**JUAN PAMPERO**  
**Milico Extraviado (Completamente)**